

LOS NOVELES

Lectura ONLINE/FORMATO PDF

El agua en los pulmones

Juan Martini
Tantalia

Novela
Argentina, 2008
160 pp.
ISBN: 978-987-1339-09-9

Este fragmento es posible gracias a:



www.tantalia.com.ar

Material protegido © 2008 Editorial Tantalia

El agua en los pulmones

Juan Martini

Lo despertó la luz. Abrió los ojos y miró la calle, la vereda húmeda, un camión que pasaba. “Lo mejor es no moverse, no pensar, y dormir”. La cama estaba tibia. Lo había despertado la luz. “Por no bajar la persiana, pero ya me duermo”. Entonces, en algún lado, alguien comenzó a martillar sobre una pared. La cama, casi imperceptiblemente, vibraba con cada golpe. “¿O no fue la luz?”. Los golpes se detuvieron. Trató de acordarse. “¿No habrá sido este salvaje y su martillo?” No, estaba seguro que no.

El martillo continuó su tarea. Golpes como ésos lo hubieran hecho saltar de la cama. “Fue la luz”, o un ruidito incapaz de asustar a nadie pero suficiente para penetrar en los sueños como una fina aguja que se introduce sin dolor hasta el cerebro y toca la célula que corresponde. Suavemente. Como la luz. El martillo cayó con todo su peso sobre la pared nueve o diez veces más, y fueron las últimas. “Habrán ensartado al salvaje con un puñal en el riñón derecho”. Él no se había movido. “Ahora me quedo dormido y sueño con sangre, con un enorme balde de sangre que un gigante echa sobre el sol y lo apaga”. Ya estaba: creía ver chisporrotear la sangre en el fuego cuando sonó el timbre. Levantó la cabeza como un perro atento, y esperó que llamaran otra vez. Lo hicieron. Saltó de la cama. Se puso un pantalón y un pulóver y fue hasta la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, y trató de saberlo mirando por la mirilla pero no vio a nadie. Tardaron en contestar.

—Vargas —dijo por fin una voz ronca.

Abrió la puerta. Por el costado derecho apareció un hombre alto, robusto, de unos 45 años, con las manos en los bolsillos de un viejo saco gris de franela. Los pantalones eran dos anchas bolsas que caían sobre un par de zapatones negros más viejos y más sucios que el traje.

—Buenos días —dijo Vargas. Y trató de sonreír o hizo una mueca con la boca—. Quiero hablar con usted.

Vargas entró al departamento, echó un vistazo y se desplomó en un sillón de cuero negro.

—Qué día —murmuró—. Qué día.

Solís cerró la puerta y se miró los pies descalzos.

—Discúlpeme —dijo—. Estaba durmiendo.

—Lo lamento —dijo Vargas, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra el respaldo del sillón.

—Espéreme unos minutos —dijo Solís—. Voy a lavarme.

—No se haga problemas —dijo Vargas—. No tengo apuro.

Solís cerró la puerta del dormitorio, se puso un par de botas con suelas de goma, buscó un papel en el bolsillo de su campera y lo tiró por el inodoro. Se lavó, se peinó y volvió junto a Vargas. El hombre parecía no haberse movido. Repitió la sonrisa o la mueca.

—¿Cómo está, señor Solís?

—Bien —dijo Solís—. Muy bien, gracias.

—¿No se acuerda de mí, eh? —preguntó Vargas. Su voz sonaba más ronca y, ahora, vagamente irónica.

Solís levantó las persianas y miró el cielo nublado, una bandera hecha jirones que flameaba sobre un edificio un par de cuadras más allá, y la calle sucia. “Se divierte. Algo lo divierte”.

—No creo que nos conozcamos —dijo—. Sé quién es usted pero no recuerdo haberlo visto antes.

—¿No lo recuerda? —Vargas había cerrado otra vez los ojos y había bajado el tono de su vozarrón.

—Verdaderamente, no.

—Bueno —dijo Vargas, abriendo los brazos—. No tiene importancia. Me conformo con que sepa quién soy.

—¿Quiere un café?

—No se moleste. Ya tomé dos esta mañana.

—Voy a preparar para mí. No es molestia. ¿O prefiere alguna bebida? ¿Ginebra, cognac, whisky?

—Está bien. Está bien. Un café y tres dedos de cognac.

Mientras echaba azúcar en los pocillos de café humeantes, Solís observaba los gestos de Vargas, que parecía despreocupado. Tenía ojos chicos, oscuros y redondos, labios carnosos, cejas renegridas y prominentes, gruesas como un dedo, una nariz ancha aplastada contra la cara de carne flácida, de piel oscura cruzada por varias cicatrices. Tenía el pelo corto, negro y abundante, peinado con fijador. El pocillo de loza blanca desapareció entre sus manos. Tomó el café en dos sorbos y después se entretuvo con la copa de cognac, balanceando la bebida. Esperaba. Solís recién se levantaba, ése era su desayuno: un café doble con crema y media docena de galletitas dulces. Vargas esperó que lo terminara y aceptó un cigarrillo rubio.

—¿Cuándo llegó a Rosario, Solís? —preguntó después.

Se miraron. Solís dejó pasar algunos segundos antes de contestar. “No le miento”. Los ojos de Vargas parecían más chicos cuando intentaba su mirada más aguda. “Una vaca vieja, pero no le miento”.

—Hace unos días —dijo Solís, tranquilo—. ¿Por qué quiere saberlo?

Vargas tomó un trago de cognac.

—Es bueno —dijo—. Muy bueno. ¿Francés?

—Español.

—En el fondo da lo mismo —pareció dudar. Sus cejas se arquearon—. Quiero decir que en el fondo es lo mismo, ¿no le parece?

“Quiere ser sutil”.

—No lo entiendo —dijo Solís.

“¿Quiere serlo?”.

—No importa —dijo Vargas, y enseguida subió el tono de su voz áspera—: ¿Hace cuántos días, señor Solís?

—Bueno, no me acuerdo con exactitud. Tres o cuatro días.

—¿Cuatro días? —preguntó Vargas.

—Sí. Cuatro días.

—Está bien —dijo Vargas, más tranquilo—. Hace cuatro días que llegó, exactamente.

—¿Me pregunta cosas que ya sabe? —Solís sonrió.

—Verifico. Es una costumbre. Todo debe verificarse. Alguien debe contestar alguna vez las cosas que uno ya sabe. O no contestarlas, que es otra manera de verificarlas.

—Más que una costumbre parece un método —dijo Solís.

—Llámelo como más le guste. Para mí es como una costumbre. Lo hago porque es y debe ser así.

—Usted es un tipo disciplinado, Vargas.

El otro sonrió, esta vez sin lugar a dudas, y dejó ver sus dientes negros.

—Es verdad —dijo—. Pero tengo unos años más que usted. Yo necesito de la disciplina. No tolero el desorden, ¿me entiende? Soy demasiado sensible al desorden. Me pone nervioso, intratable, hecho una furia.

—No hablemos de eso si le hace mal —dijo Solís. Miró una mujer que pasaba por la calle, cinco pisos más abajo, veinte metros más abajo.

—Lo que me hace mal no es hablar —dijo Vargas—.

LOS NOVELES

Lectura ONLINE/FORMATO PDF

www.losnoveles.net